

Julián Garvín Serrano
LOS VERSOS VIVOS



Julián Garvín Serrano
LOS VERSOS VIVOS

Prólogo de Pedro Tenorio



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n^o 38—
MADRID • MMXIV

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección: ALICIA ARÉS

De la obra © JULIÁN GARVÍN SERRANO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Prólogo © PEDRO TENORIO

Cubierta © Absurda Fábula. Montaje sobre una ilustración de Ellerslie (con licencia de fotolia)

Fotografía del autor en solapa © IVÁN TENORIO

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Septiembre 2014

I.S.B.N: 978-84-942539-4-2

Depósito legal: M-22786-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mis padres y a mi hermana.

A Marta, el amor de mi vida.

A Gregorio y Maruchi.

A mis amigos, hermanos de vida.

PRÓLOGO

Si algo define estos *versos vivos*, es precisamente su título. En ellos verán cómo la pasión por la palabra, se muestra en lo vital e inaprensible, en lo «liviano», como dice el autor, en definitiva, en una reflexión sobre el ejercicio de poeta, sentado frente a un folio en blanco o esperando la saliva que sepa pronunciar la palabra precisa, y la vida del alma: recuerdos, soledad, tristeza, azul... Y todo ello en un presente joven. Es lo que algunos han llamado *metapoesía*, por un lado («versos») y, por el otro, poesía de los asuntos eternos («vivos»).

De las cuatro partes en que divide su libro, la primera «Memorias de lo azul» marca el tono del conjunto, que se escribe como una sinfonía en cuatro movimientos. Éste es un «adagio», donde el poema y la palabra (la *metapoesía*), pero también el óxido de los corazones, lo efímero de la juventud, lo perdido junto al mar, y el desaliento, y el desamor de la experiencia amorosa, toman cuerpo. Y lo hacen en imágenes oníricas, como en el poema «Hielo y tomillo», o, como más adelante, en otros: «Pesadilla», o en expresiones de saliva y flores «que me peinan el alma con los dedos». Y es que estas preciosas personificaciones en las que unos cuerpos inanimados, como la saliva o las flores, son capaces de peinar al poeta, son una marca de estilo, son recursos que le sirven para hablar de desaliento y desamor, del alma, la noche y los amaneceres, de su historia y de su presente en Madrid y, de lo más triste: sentirse adicto al corazón enamorado. Y todo ello con un tono aparentemente coloquial.

«Cuaderno en prosa», la segunda parte que nos ofrece, es un *adagio, ma non troppo*. En ella le vemos crecer, olemos su infancia y sentimos las caricias de su familia. Y además disfrutamos de sus excursiones a lugares concretos, entrañables para cualquier talaverano y sentimos el cauce del río Tajo a su paso por la ciudad. Es cuando en su biografía quedan impregnadas las veladas poéticas de una Galería, la Cerdán, donde forjó su vocación, su afán por la escritura, que ha sido no sólo solitaria, sino también

solidaria: contra la injusticia de las guerras y por los niños sin amparo.

Es en esta parte donde nos deja un poema: «Escribir», que es toda una poética. En él dice que no repara en métricas ni rima: *No me quiero como se quieren los escritores / de rima y estilo y creo que me gusto simple, sincero, con los sonidos de mis palabras / rompiendo y manchando el papel.* Y es verdad, pero se nota que sus versos han sido mimados por la contemplación de su sonoridad. Y que, no obstante, cae en la tentación de alguna rima en asonante, que queda como un bello adorno, comedido, gracioso, en el conjunto. Así en «El mar», del que nos habla en varias ocasiones, algunas refiriéndose a Tarifa en el verano «arena y sal» o a la primavera de Talavera, «mi tierra». Y al otoño como decadencia, y al frío del alma del invierno.

En el tercer movimiento de esta sinfonía, «En voz baja», los versos, los violines, vuelven a un adagio del alma que discurre como un olivo en su soledad, con la parsimonia del río Tajo y su tristeza, y su melancolía de lo que fue y que no es rencor, sino sinsabor y espejo ya sin azogue que le refleje. Y, claro, el eco de la voz de una mujer.

Y, por fin, el «allegro», el cuerpo del amor: «Anatomía».

En la lírica no importa lo que se dice —los asuntos eternos—, de los que hablábamos iniciando este prólogo, sino cómo se dice. Decir: «te quiero» no es poesía, es, en todo caso, si se escribe en un poema, una cursilada ni siquiera romántica. Pero decir: «no sé cómo decírtelo» ya empieza a sonar bien. Y justamente es ahí donde acierta el poeta: en los distintos poemas que se suceden referidos al amor a lo largo de su poemario, y, sobre todo en ésta última parte, en la que lo hace con una eclosión de sinceridad, que sabe recorrer el alma y, sobre todo, que sabe recorrer —de los pies a los ojos— la anatomía de su mujer amada.

Y, hablando de ojos, abran ustedes los suyos a este poemario y descubran en él a un nuevo poeta. No digo a un poeta nuevo, que se inicia, sino a un nuevo poeta, a un poeta ya hecho en este, su primer libro, descubran a un poeta con voz propia.

PEDRO TENORIO

MEMORIAS DE LO AZUL

POEMA

Primero
vino la plata sincera de los recuerdos
y más tarde,
aún,
llegó la letra cargada de sensaciones.

El poema me trae desde la boca
saliva y flores de papel que,
muy de cuando en cuando,
me peinan el alma con los dedos.

Estrofa de viento, respiro de tez nueva...
poema.

EL DON DE LA PALABRA

Sólo nos queda ya el don de la palabra
y poco a poco,
apagamos las luces del campo
para tener intimidad en las manos...

Las penas me han crecido hoy
con el rumor de las hojas verdes y
los colores azules de la memoria.

Sólo nos queda ya el don de la palabra,
terminando lo que ni siquiera empezamos
y gruñendo con voz profunda lo que otros
quieren para sí mismos.

Creo que hoy me subiré a la barca y empezaré
a remar con fuerza.

Gritaré quizá los pesares y seguiré remando
hasta que la espuma de los días
me brote de la espalda...

No sé si llegaré a la Luna o
me volveré lejano con la mano levantada
y la boca sin dientes.

LLeGARé tarde arrastrando la palabra,
el don te lo dejo en los bolsillos.

HIELO Y TOMILLO

Dicen los de muy antiguo que
los besos son de hielo y huelen a tomillo.
Que los versos sobran si la sabia corre
a manos llenas y
el tiempo,
que quema papeles de hiedra,
es un invento de lo más moderno.

Yo antes creía en medusas y
sabía que la vida,
con su carro de preguntas,
tenía una respuesta para la respiración.

Ahora el verbo es tan fugaz
que ya no hay tiempo de sentarse a esperarlo.
No es que el viento lo arrastre lejos, no.
Tampoco tiene que ver que seamos
un poco más azules que de costumbre.

El problema viene de un invierno
de los de muy antiguo,
cuando los besos eran de hielo
y se daban en la boca.

LA PUERTA

«No vale la pena buscar,
no es importante encontrarse solo
y la vida es de barro,
pero de barro seco según se crece.»

Se tiene por levedad
lo que, sin dar saltos,
se pierde entre las nubes azules y
no regresa hasta bien entrada la madrugada...

Se pierde en el tiempo y gira una vez tras otra
como si nadie esperara a lo lejos
su sonido de cuerdas rotas...
¡Qué belleza más mundana, qué dolor de rumbo fijo!

La puerta se torna vieja cuando hablamos de corazones,
y tiene el óxido de los días para esperar, complacida,
el atardecer de las ideas.
Es sabia y vieja a la vez.
Tiene madre y se jacta del buen hacer de sus naranjos.
Tiene hasta nombre,
aunque nunca quiera decírselo a nadie.

¡Sí! La puerta se cierra cuando nadie quiere entrar
y se abre si es que alguien no quiere quedarse.
Es así de sencillo.
Ella lo ve así de simple.

Hay que ver lo difícil que se ha puesto
tener una idea difusa,
un pensamiento conciliador.
Y es que la puerta no entiende de tibiezas.
O es blanco o se torna negro.
Aquí no cabe mi azul.

NO ERES JOVEN

No amenaza ni siquiera el amor
por entre la senda rota de la agonía
y la verdad,
es extraño el sonido a viejo de la ventana.

Hace tiempo que dejé de amar los juegos de cartón
y ahora echo de menos el abrazo de los vientos.
La gente no entiende
que lo bueno siempre es breve
y todo lo demás es tiempo sin ningún tipo de sentido
evidente y cierto...

No son más que momentos leves,
sucesos abiertos al azar retorcido y pasmoso
del resto de una vida.

No sé si tengo una buena razón pero espero que
los ojos me vivan para contar lo que viene de lejos.
Mientras tanto,
le regalo mi susurro a todo aquel
que no entregue su alma a puñados de trigo seco.